

REGIÓN VOLCÁNICA DEL TORO, POEMARIO DEL POETA DIEGO GARCÍA LÓPEZ

JUAN BARCELÓ JIMÉNEZ

Acaba de aparecer, editado en Mula, un conjunto de veinte sonetos de tema taurino del poeta muleño Diego García López, al que ya conocíamos por dos libros de poemas anteriormente editados: *El hombre y la palabra* (1987) y *De la misma vida* (1999). En esta ocasión el mismo título nos remite de inmediato al contenido: *Región volcánica del toro*, en donde el autor pretende tratar en forma poética todos los momentos de la lidia del toro en la plaza, incluso algunos pormenores relacionados con el complejo mundo taurino, como es la madre del torero, la maja, el sol de agosto, la lluvia, el salir a hombros... Precede al libro un prólogo de Pascual García, salpicado del más castizo argot taurino, para de este modo exaltar la labor poética del autor, metaforizando las suertes y lances del toreo. Es curioso que en este proceso que utiliza el prologuista trate de identificar los términos torear y escribir sonetos, llamando al poeta "torero de la pluma", o "escritor que se viste de luces". Se respira en todo el prólogo gracejo, conocimiento del arte de torear, y al mismo tiempo profunda admiración por el poeta, que dicho sea de paso, lo presenta en todo momento como presto para coger el capote o la muleta. El poemario está ilustrado con oportunidad y acierto por artistas allegados al poeta.

Muy buena entrada del libro al colocar en su frontispicio la cita de Miguel Hernández, y de la que toma García López el título:

Silencio de metal triste y sonoro,
espadas congregando con amores
en el final de huesos destructores
de la región volcánica del toro.

Los veinte sonetos que conjuntan la obra son, desde el punto de vista formal cuidados, perfectos, y meticulosamente medidos, alternando los endecasílabos en cuanto a la acentuación, lo que nos inclina a pensar la buena calidad de versificador del poeta, circunstancia que ya había probado en anteriores poemarios.



En conjunto la obra acusa dos partes: una primera bastante descriptiva, pues se refiere al toro, al torero, a la torera, a la madre del torero, a la maja, a la plaza, al sol, a la cuadrilla...; la segunda parte, más técnica, la dedica a detallar los aspectos más interesantes de la lidia del toro. Se deja siempre a salvo, pues se destaca fundamentalmente, la imagen, muy poética en este género, del toro bravo, como notamos en el soneto segundo de la colección. Es un toro, denotado ya por Miguel Hernández y Carmen Conde, entre otros, que lleva consigo la tragedia, pues está destinado por su coraje y fiereza a tener siempre una actitud volcánica, aunque proporcionando al mismo tiempo en sus actitudes durante la lidia belleza, gloria, tormento, inquietud y hasta la muerte. Las imágenes de este toro son muy bellas en el siguiente soneto, pues nos da el poeta el contraste característico de la raza: movimiento, belicidad, tragedia..., junto a belleza, arte, gloria y aclamaciones. En definitiva el toreo es eso: espacios geométricos, exacta medida del tiempo, valor, arte..., y también tragedia y muerte. Veamos el texto del soneto:

Conjunción animal de piedra y viento
 donde concreta la naturaleza
 el canon superior de la belleza
 y la aptitud más pura de violento.
 Su corazón de intrépido elemento
 sólo alienta el coraje y la fiereza;
 las parábolas que orelan su cabeza
 le procuran la gloria y el tormento.
 Al contemplar su estampa belicosa,
 su belleza potente y musculosa,
 la patente inquietud que lo subleva,
 uno piensa en su suerte consternado
 y admira a este animal predestinado
 por toda la tragedia que conlleva.

Precisamente en el fondo para Diego García, según se desprende del análisis general de su poemario, los toros no son ni espectáculo ni deporte. Tal vez haya calado en su mente aquella consideración de Hemingway, cuando afirma que las corridas de toros “son una tragedia, la única tragedia, de origen ritual, que queda en el mundo, representada a lo vivo”.

Este toro, ante el que se coloca la figura del torero, que el poeta canta en toda su grandeza como castizo, como artista que realiza su arte incluso con filigranas, para conseguir un “toreo de verdad”, es el animal que intenta apoderarse de la plaza, espacio abierto al espectáculo, y que proporciona la lucha entre él y el hombre, es decir, hombre y toro frente a frente, tratando el torero de convertir esa lucha volcánica en arte puro, de digna admiración. No es ajena al poeta la situación del torero, que no sólo tiene que dominar al toro, sino también a la plaza; por eso los toreros que practican el verdadero arte, y tienen conciencia de su responsabilidad, tienen tanto miedo al público como a los toros.



La plaza, un hervidero de pasiones
 que enmarca la trágica contienda
 olvidando cualquier atisbo lógico.
 El público, sediento de emociones,
 dispensa el aplauso o reprimenda
 ajeno al frío drama antropológico.

No deja de aludir también a la torera; no en vano es terreno apropiado cuando se cosechan los triunfos de Cristina Sánchez. El soneto correspondiente es un cántico a la mujer torera, desde Carmen hasta Cristina. Es muy significativo el último terceto, que muestra la oportuna reivindicación del momento:

Su toreo reivindica muchas cosas,
 y regalando faenas portentosas
 dignifica el oficio de torera.

Hay en esta primera parte otras oportunas alusiones, por ejemplo, a la madre del torero; lo que nos trae a la memoria lo que las madres de los toreros sufren y lo que significan en la vida de sus hijos; sufridoras en horas que presagian tragedia, angustias, sobre todo cuando llega el momento de salir el torero para la plaza. Estampa bella que expresa el sentimiento, el sufrir, y la angustia para tantas madres, casi en un tono elegíaco:

Y devota en su casa sufre y reza,
 postrada ante una imagen del Santísimo
 hasta que el bicho humille su cabeza.

La imagen opuesta a la madre, y cómo no, a todo lo que ocurre en el ruedo, nos la recuerda el poeta de Mula en el soneto titulado "Maja", con un boato de detalles en donde se destacan su hermosura, su belleza, su mantilla, y su garbosa situación en el ruedo. No cabe duda, pues, que también los tópicos folcloristas cuentan en el espectáculo taurino. Esta situación constrictiva, muy lograda, nos advierte de algo distinto a lo que ocurre en la plaza.

Una bella estampa muy realista de la plaza de toros, destaca el sol, la luz, el calor, el paseíllo, la indumentaria de los toreros... todo para empezar el "festín de los sentidos", sujeto a unos ritos y maneras ancestrales, en donde la pelea hombre-toro

produce el espectáculo tremendo
 de la fiera y el hombre frente a frente.

Jugando el sol canicular un papel importante:

Desploma el sol su cálida mirada
 en el gentío que lo idolatra a coro,
 embiste fiero como un morlaco de oro
 y quiere ver la gente calcinada.



No olvida Diego García la cuadrilla, sobre todo los subalternos, que su plástica caracterización los presenta como los de los trajes raídos y como sacados de la tintorería, indumentaria que contrasta con la brillantez del terno del maestro, de colores nítidos y puros. Pero la cuadrilla, y esto es verdad, es esencial, su trabajo imprescindible, pues no sólo auxilian en la lidia al torero, sino que evitan casi siempre situaciones peligrosas. Son “hombres de hombría verdadera”, que el poeta resalta:

Son los hombres, enteros que no engañan,
colaboran con gana extraordinaria
y en su modestia tienen sus poderes.

Hasta aquí la descripción de todo lo concomitante con una corrida de toros. Ahora empieza lo más importante, es decir, la corrida propiamente dicha. Y el poeta en un soneto que titula “Comienzo”, percibe la actitud del torero que por primera ocasión en esa tarde se acerca a la fiera:

... al diestro se le mudan los colores
y el sereno semblante se le azara.

Pero el pudor, el valor en realidad, llaman a su espíritu, y presto a cambiar su aspecto, recibe al toro en la arena veroniqueando su esbelta figura con los movimientos del astado, o a veces sorteando de rodillas, o con una larga afarolada, o a puerta gayola; los empujes ciertos, pero inseguros en algún momento, del que apareciendo por el toril da vueltas a la plaza con rabiosa e imparable carrera. El espíritu del torero se crece, y el valor empieza a fluir, para redondear la inicial faena, que luego colmará con la muleta:

Y echando el corazón en la muleta,
ansioso de triunfar, el gesto aprieta
y recibe a la fiera de rodillas.

El picador, su actividad y cometido lo trata en su correspondiente soneto, destacando la finalidad de su función:

Hurgándole en el mórbido intersticio
la res va humillando su bravura
hasta quedar sus fuerzas a la altura
que reporta al torero beneficio.

Se destaca, a su vez, la muchas veces censurada acción de los picadores, y la reacción del público, aunque no le es ajeno al poeta considerar que el picador cumple con su obligación, y sabe perfectamente lo que tiene que hacer, pues a los toros hay que picarlos. Esto es lo que hay que hacer, pero hoy es imposible cumplir con el reglamento, ni siquiera generosamente interpretado. Del banderillero, o rehiletero,



cuya función es principal, y denota siempre peligro en un imparable movimiento del toro en el ruedo, se destaca en los versos que comentamos la subestimación de su figura, y aunque en ocasiones también brille en su labor arte y la gracia, la faena pasa, por lo general desapercibida.

Imagen ligera y como un flash es la que nos da de un anónimo espontáneo, personaje sin historia, de vida por lo general fracasada, a veces irredenta, cargado de hambre de torear y de comer, de valor ciego y desesperado, apasionado, pero que desde el punto de vista de “llamar la atención”, apenas si cuenta entre la afición y entre los hombres de “negocios taurinos”. También “el maletilla”, que pulula alrededor de las plazas con su mochila al hombro, esperando “una oportunidad” es figura junto con el espontáneo, que ha pasado a la literatura, como encontramos en la novela de Gregorio Javier, caravaqueño autor de *La bestia y el sol*, cuya trama discurre por los caniculares terrenos de la pedanía moratallera de El Sabinar. Ahondando un poco en la “maletilla” capta detalles, aunque difuminados referidos a este personaje, destacando sus correrías, sus ambiciones, sus noches velando bajo las estrellas, su enfrentamiento con resabiados morlacos, sus luchas continuas por intervenir para demostrar su ambición y valor en el ruedo. Pero a veces todo termina en tragedia, siendo víctima del aprovechamiento de los “sin corazón” de los negocios taurinos. El maletilla no le tiene miedo al toro, pero la realidad es muy distinta:

Pero el toro no entiende sus razones
y sacando sus ansias por los labios
prefiere antes matar a que le mueran.

Da el poeta importancia al acto de la “alternativa”, pues con sentido descriptivo relata la emoción del momento por parte del “toricantano”, deteniéndose en el rito esencial del acto, y en lo que significa para el nuevo doctor esta puesta de largo en el quehacer taurino:

El pecado de ser toricantano
le obliga a convencer sin dilaciones
y ganar la corrida por la mano.

En el soneto “A hombros” se saborea el triunfo, no sólo del torero, sino de la fiesta:

¡Qué arte en banderillas y rejones!
¡qué derroche de pares magistrales!
¡qué fiesta de bellezas y de asombros!

El triunfo, casi absoluto, se codea con la “salida a hombros” por la puerta grande, y hasta el hotel. Sueño que todos los toreros esperan conseguir, sobre todo en las plazas de primera, pero que no es fácil en esta carrera de obstáculos tan difícil de superar.



Hay un lado opuesto al toreo bello y apoteósico: la cogida, la muerte. En un soneto se connota el trágico momento de la cogida:

En uno de los pases de rutina,
el bicho al derrotar por una esquina,
al corazón le rompe su latido.

Así murió trágicamente el Yiyo, joven matador de toros madrileño. Como vemos también en el toreo ronda la tragedia, y la conmoción hiere a todos. La plaza cambia de aspecto, y las palmas y olés dejan paso a los lamentos y a las expresiones de dolor de los inquietos ánimos de las personas. Por fortuna no siempre la cogida trae negativas consecuencias. Es en el soneto final del poemario cuando el poeta considera que la muerte es, en el peor de los casos, el desenlace fatal y final de todo un rito, y que de vez en cuando viste de luto a la fiesta nacional:

Es la suerte fatal: el desenlace
al que conduce inevitablemente
el devenir telúrico y vehemente
de este ceremonial desde que nace.

Pero la muerte en la plaza, rara para el torero, es cierta para el toro, y es a ésta a la que principalmente se refiere el poeta muleño, aunque tangencialmente se encuentre con la del diestro. La muerte del toro justifica literariamente el título de la obra *-Región volcánica del toro-*; es esta muerte la necesaria para que se cumpla el ritual taurino:

Es la suerte real: la cruda muerte
que reciben los bravos animales
porque se cumpla el ritual taurino.

Esta es la consideración global que nos sugiere el libro de poemas *Región volcánica del toro*, de Diego García López. Buena poesía, como la de sus dos obras anteriores, y más si consideramos el autodidactismo del poeta, y su no muy probada afición a los toros, por lo que en ocasiones, y sobre todo al tratar de la muerte del toro, podríamos intuir una velada postura antitaurina. El conjunto de sonetos es coherente y está muy cuidado. Asistimos, pues, a todos los pormenores de una corrida de toros, no con profusión de detalles, pero sí con la esquematización precisa para que el lector se dé cuenta del asunto. El poeta intuye, más que conocer con detalle, el mundo del toro, del toreo y lo que es una corrida. No hay en todo el texto momentos de intensidad, sino que el lector puede apreciar el tono normal del relato, sin incidencias expresivas, lo que le da cierto valor a la poesía que comentamos.

Creemos que uno de los valores más interesantes del libro de poemas de Diego García, es que se aparta del relato encomiástico, y a veces topical, de este tipo de obras de la literatura taurina. O lo que es lo mismo: el poeta atiende, sobre todo, a



considerar el toreo como un rito telúrico, y también piensa que es una inquietante actitud totémica convertida en ritual taurino; por ello no cala ni da importancia a la descripción de las faenas del toreo, sino a las actitudes del toro y de los toreros, del público, y de la plaza en general, por lo que lo más importante son estas circunstancias síquicas que se observan en todos los que intervienen en la corrida, destacando, aunque muy esquemáticamente, esta situación. Para el poeta de Mula el toreo es arte, belleza, rito que se hunde en lo más profundo de la evolución cultural de unos pueblos en todos los tiempos, como acertadamente expresó Agustín de Foxá, y más recientemente mantiene el poeta y escritor Carlos Clementson en su magnífico libro *Región luciente (Versos para una tauromaquia)* (1997). Pero el toreo es, además, volcánica emoción, que después de una dura lucha entre el hombre y la fiera, entre el instinto del animal y la sabiduría e inteligencia del torero, termina irreversiblemente en la muerte del astado, y en el triunfo o fracaso del diestro, y en ocasiones, afortunadamente pocas, en la trágica muerte de éste. La fiesta es así, con sus pros y sus contras, con sus partidarios y sus detractores, pero forma parte de nuestra manera de ser, y esto hay que respetarlo. El equilibrio que mantiene el poeta a través de todo el libro es ejemplar. Por lo que Diego García López entra, por la puerta grande, en la nómina de los escritores taurinos de la región murciana.

